El consejo del oso

Dos amigos atravesaban un bosque.

Un oso hambriento les salió al encuentro.

Uno de los dos huyó rápido, sin preocuparse del amigo.

El otro, para salvarse, no encontró fórmula mejor que tirarse en tierra, inmóvil, como si estuviera muerto.

Llegó el oso, le chupo durante un buen rato, creyéndole muerto, y se fue.

El amigo que había subido a un árbol, todavía temblando, pregunto:

- Cuando el oso se ha acercado, parecía que te estaba hablando. ¿Qué te ha dicho?

- Me ha dicho una sola cosa: no te fíes de los amigos como tú.

(León Tolstoi)

Por su parte, la familia del hombre le dijo:

- Por favor, dénos a nuestro hermano nuevamente ciego, desde que regresó, todo lo ve pequeño, se ha llenado de arrogancia, de ingratitud, de engreimiento y soberbia altanera. Para él no significa nada el tiempo que le cuidamos, ve relativo y pequeño el que su padre se despulmone trabajando para que él estudie, se vista y coma. Para él no significa nada que su madre deje escapar la vida día a día por lavarle su ropa, alistar sus camisas, tener a tiempo la comida en la mesa. El amor, la amistad, el perdón, todo eso es pequeño, es ínfimo, es relativo; ¡Dénoslo ciego, por favor, regrésenoslo ciego!

El científico se propuso investigar lo que había hecho, creyó que se habían contaminados sus muestras de ADN de hormiga, con las de ADN humano. El doctor hizo un hallazgo sorprendentemente aterrador. La contaminación de ADN no fue en su laboratorio, fue miles de años atrás, en el gran laboratorio de la vida.

Los hombres quisieron ser lo último, quisieron ser Dios. Desde entonces, tienen una tendencia defectuosa en su visión, ella agiganta los defectos de los semejantes, ve enorme los defectos y gigantes los vicios de los demás; a ese problema le llamó gigantismo miópico, ya que de cerca sólo ve lo malo de las personas y lo bueno lo ve turbio distante o no lo ve.

La tendencia de ver pequeño todo lo bueno, y relativo todo lo noble de las personas y empequeñecer las virtudes y cualidades, la llamó hipermetropía hormiguista, ya que de largo ve bien los defectos ajenos y aunque tenga pegados a sus narices lo bueno, no lo logra distinguir, ver ni valorar.

Dos defectos en una misma córnea. El doctor descubrió que se necesita más que una cornea para que el ser humano vea bien: ¡Necesita un cambio en la manera de ver! Y esa operación exige un cambio de corazón, y esa operación sólo Dios la hace.

Entonces, ¿cuántos ciegos tocan a su puerta?